



REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO: EL COSTE HUMANO DE TENER EL ÚLTIMO MODELO DE MÓVIL

Las Cáritas congoleñas denuncian cómo la actividad minera en el país africano es directamente responsable de las violaciones de derechos humanos, la explotación infantil, la financiación de grupos armados y la violencia que sufren las comunidades rurales más pobres.

Alicia Fernández, responsable de proyectos de Cáritas Española en la región de los Grandes Lagos (África).

La realidad cotidiana de la población rural de la República Democrática del Congo, el segundo país más extenso del África subsahariana puede pa-

recernos francamente alejada de la nuestra. Y, sin embargo, casi a todas horas, estamos utilizando los minerales que son extraídos diariamente por la

población congoleña en condiciones infrahumanas, y en una situación de violencia causada precisamente por la explotación de estos minerales.

La cara oculta de un teléfono

Cojamos, por ejemplo, el teléfono móvil. Según el Instituto Nacional de Estadística, en 2018 el 98 por ciento de los hogares y el 69,8 por ciento de los niños de entre 10 y 15 años tenían un teléfono móvil. Estas cifras no sorprenden a cualquiera de nosotros que utilice habitualmente transportes públicos, donde una enorme proporción de los viajeros matan el tiempo mirando una pantalla. Este objeto es, por tanto, omnipresente en nuestra sociedad, y cada día dependemos más de él.

Pero lo que desconocemos es que un teléfono inteligente estándar contiene 70 materiales compuestos por 45 minerales distintos; los primeros móviles contenían solo 20 minerales, pero, conforme se han ido añadiendo funciones a los teléfonos (cámaras, GPS, etc.), la industria se ha visto obligada a incorporar nuevos minerales a la lista, según información recabada por la Comisión de Justicia y Paz de Bélgica.

Entre estos materiales, imprescindibles también para la fabricación de otros dispositivos como tabletas, consolas de juegos, etc., está el coltán, compuesto de columbita y tantalita, altamente apto para la extracción del tantalio, el mineral puro que finalmente se



utiliza en la fabricación. Pues bien, la República Democrática del Congo alberga entre un 60 y un 80 por ciento de las reservas mundiales de este mineral; pero no es el único. En el este del país también encontramos reservas de estaño, tungsteno, cobre, oro, petróleo y cobalto. La República Democrática del Congo es el primer productor mundial de este último, también imprescindible para la fabricación de baterías para coches eléctricos, móviles y muchos otros aparatos. Según el Programa de Naciones Unidas para el Medioambiente, en el Congo se comercian ilegalmente recursos naturales por valor de 1.300 millones de dólares anuales.

Niños y embarazadas en las minas

Volviendo a nuestro minero congoleño, veamos cuál es su realidad cotidiana. En primer lugar, hay que saber que la totalidad de la extracción del coltán en el Congo es informal. Luego, el mineral obtenido se vende a pequeños traficantes, en localidades situadas a lo largo de las fronteras con Burundi, Ruanda y Uganda, muchos de ellos asociados a grupos armados. Los extractores artesanales, por tanto, tienen muy poca capacidad de negociación y, al final, se ven obligados a vender los minerales a precios muy bajos, sometidos a extorsiones y trabajos forzados.



Según Veinard Aba, responsable del área de mediación de la Cáritas Bukavu, «más del 90 por ciento de los grupos armados que operan en esta zona se financian y, por tanto, existen, gracias a la explotación de minerales». Estos grupos armados son los que proveen a los operadores económicos de mano de obra, muchas veces infantil, a través de extorsiones y amenazas a la población, o aprovechando la situación de necesidad de muchas familias —se estima que alrededor de 40.000 niños trabajan en las explotaciones mineras del este del país—. Con frecuencia, también se ve en las minas a mujeres embarazadas.

En guerra por los minerales

Estos grupos, además, realizan labores de seguridad para estos

operadores económicos sin respetar los derechos humanos de las poblaciones, lo que implica extorsiones, tortura y otros tratamientos crueles humanos y degradantes y trabajos forzosos. En muchos casos, se aprovechan de su situación de dominación para robar a los mineros el escaso material obtenido, y del que depende su subsistencia y la de su familia. «Las violaciones de derechos humanos abundan en esta zona, en muchos casos porque la policía y el ejército, muy mal pagados, no tienen capacidad ni voluntad de proteger a la población. Muchas veces ellos mismos actúan como un grupo armado más», nos dice Veinard Aba.

De hecho, son frecuentes los enfrentamientos entre los grupos armados y el ejército por el control de estas zonas, provocando una situación de violencia a gran escala, que afecta

de manera muy pronunciada a los civiles. Según el testimonio del responsable de las acciones de construcción de paz de Cáritas Bukavu para la zona de Bunyakiri, Dieudonné Barhondeze Lushombo, «el pasado mes de abril se produjo un enfrentamiento violento entre dos grupos armados en la mina de Katasomwa, que se extendió a varios pueblos de la zona, causando la muerte de al menos cinco civiles a machetazos y la destrucción del hospital, de tres centros de salud y tres escuelas primarias, entre otras infraestructuras. La población estuvo fuera de sus casas durante días, y cuando volvieron, se encontraron con que sus hijos no podían acudir a la escuela y ellos se habían quedado prácticamente sin acceso a asistencia sanitaria».

Impacto medioambiental

Según Albert Bisimwa, especialista en seguridad alimentaria de Cáritas Bukavu, la minería informal y a cielo abierto que se produce en estas zonas es desastrosa para el ecosistema. «Nuestro país es uno de los que cuenta con más agua del mundo. Pero la minería está contaminando muchos recursos acuíferos, comprometiendo nuestro presente, y, sobre todo, el futuro de nuestros hijos. Pero, además, produce un alto grado de deforestación de las zonas

rurales, y empobrece el suelo de uso agrícola, provocando, a la larga, desplazamientos de la población».

El compromiso de Cáritas

Cáritas Bukavu y Cáritas Kasongo –situadas en la zona de Kivu del Sur– realizan acciones para prevenir y mitigar el enorme impacto de la minería en las comunidades locales. Entre ellas, destacan la formación y el acompañamiento de comités de voluntarios a nivel local, que llevan a cabo con el apoyo de Cáritas Española.

Estos comités locales se organizan para defender los derechos humanos; informan a la población sobre cómo actuar ante las posibles vulneraciones; vigilan a las autoridades para que se cumpla la legislación vigente en materia laboral y medioambiental en las zonas mineras, y trabajan para que no se vulneren los derechos más básicos a la vida y la integridad física de las personas. Según cuenta un minero de Katasomwa, «gracias a la existencia de los comités, los grupos armados son cada vez menos violentos y, además, nos enseñan a protegernos de ellos».

Los comités también realizan acciones de información en las escuelas y entre los padres para evitar, en la medida de lo posi-



De izquierda a derecha, Albert Bisimwa, Veinard Aba y Dieudonné Barhondeze Llushombo, miembros del equipo de Cáritas Bukavu.

ble, el reclutamiento forzoso de niños y niñas para el trabajo en las minas. Se calcula que en las zonas que cuentan con un comité, este reclutamiento se ha reducido en un 30 por ciento. Por último, realizan acciones de prevención y autoprotección dirigidas a las mujeres contra la violencia sexual y de género.

La tecnología también contamina

Hoy somos conscientes de la necesidad de reducir nuestra dependencia de las energías fósiles, (carbón, petróleo) para disminuir las emisiones de CO₂ a la atmósfera y luchar contra el cambio climático.

En este ámbito, las nuevas tecnologías son una fuente de promesas, muchas veces incumplidas. Muchos piensan que el coche eléctrico o el uso de

Internet representan un futuro más limpio. Sin embargo, un coche eléctrico consume diez veces más minerales que un coche térmico, y un móvil contiene prácticamente la totalidad de los materiales de la tabla periódica, cuya explotación, como hemos visto, acarrea numerosos problemas sociales y ambientales en países pobres como la República Democrática del Congo.

Es más, la economía digital no es en modo alguno neutra en materia de emisiones de CO₂, sino que a día de hoy produce más emisiones que el sector de la aviación antes de la pandemia, debido a la gran cantidad de energía consumida por los servidores que albergan todos los datos que generamos cada día en la red. La transición ecológica debe, por tanto, hacernos reflexionar a la luz de estas realidades. **T**